

“Imagine” o una plegaria no atendida

Rodrigo Mora

En 1971, un periódico de esta ciudad, Medellín, una especie de pueblito casi tranquilo, se escandalizaba porque una horda de hippies mal olientes y zarrapastrosos se arremolinaba en un descampado a orillas del río Medellín, a escuchar el rock que tocaban unos tipos montados en la tarima nada glamorosa del Festival Ancón.

Mucho antes de que las notas desgarradas de la música salieran de los enormes amplificadores, desde la prensa de la ciudad brotaban las palabras edulcoradas de un arzobispo, que entonces un cuasi sermón apocalíptico, la prensa lo imprimía y la comarca leía con fervor y con la boca abierta por la indignación y el miedo. Pero esa historia de Ancón ya la han contado muchas veces y de alguna manera se ha convertido en uno de los primeros intentos de flirteo con lo *open mind* que ha tenido esta ciudad y que fue divinamente sepultado entre las buenas maneras de la sociedad de la camándula, el billete, el Loco Quintero y el miedo al que dirán. La Tacita de Plata, desde siempre, se ha negado a aceptar los bordes despicalados y ennegrecidos por la mugre.

Ese mismo año, un *hippie*/activista, tan famoso como Jesucristo, y su novia, que todo el planeta odiaba, y odia hasta nuestros días, escribían y grababan una canción icónica. John Lennon y Yoko Ono, expresarían toda su experiencia *jiposa* y todos sus sueños del *peace and love*, en una letra subversiva y en las notas de piano serenas, melancólicas y alegres como el canto de un pájaro invisible.

John Lennon y Yoko Ono... Años más tarde los vi en la televisión metidos en sus pijamas blancas... él tenía una barba poblada y el pelo largo. Cara de viaje lisérgico él y ella también...

Escribieron “Imagine”, una de las canciones más famosas de esos tiempos... Una canción suave y áspera. Además de icónica, irónica, diría yo. Algodón de azúcar y vidrio molido.

¿Qué hacíamos los niños por esos días? Hacía un año ya que habíamos llegado a este barrio del norte... gritábamos, jugábamos fútbol en la calle estrecha o en la cancha de tierra negra de La Manga, en la parte de atrás del barrio. También, Luis y yo teníamos permiso expreso para entrar a los bailes que organizaba su hermana hippie. Ellos vivían justo al lado de mi casa. Muchos años después, supe que la música que bailaban era salsa y música de Los Rolling Stones, Los Yetis, Los Ampex, Los Flippers y The Speakers. Todo era paz y amor. A lo mejor también bailaban con las canciones de Los Beatles, ya no lo recuerdo. En fin, veíamos la iridiscencia de las túnicas de las mujeres y los peinados tipo afro en las cabezas de algunos tipos y las melenas de otros. Mucho pantalón bota campana y zapatos de tacón alto. En el aire, mucho *peace and love*.

Aquel año, Misael Pastrana Borrero era el nombre del presidente de Colombia y a nosotros nos importaba un pito porque poco nos importaban los presidentes, pero algo escuchábamos del odio que algunos le tenían y en mi casa especialmente era testigo del fervor que mi papá le profesaba. Las cosas me fueron mal desde niño, no podría decir más.

Mientras John y Yoko viajaban en ácido y escribían una canción alucinante, un tipejo como Pastrana mentía con cinismo y era acusado de estar en Palacio, sólo porque le había robado las elecciones a otro tipo, un General de la República, para más señas, y que había sido dictador de Colombia unos años antes.



A uno de los locos del barrio le llamábamos Pastrana, porque hablaba demasiado. No se callaba e iba por las calles recitando los altos precios de la papa, el aceite y el arroz, y al final siempre remataba diciendo que todo era culpa de Pastrana. John Lennon y Yoko Ono nunca conocieron a nuestro loco callejero, porque ellos andaban en su propio palacio de Inglaterra y nadaban en millones de dólares y creo que ni sabían que existía una ciudad apachurrada que se llamaba Medellín. Creo que nunca padecieron hambre y aún así escribieron un himno pacifista, en el que nos pedían que imagináramos un mundo que de todas maneras, y casi sin pensarlo, todos imaginábamos y a la vez sabíamos de su absoluta imposibilidad. Hasta los niños sabíamos que los mundos imposibles solo existen en la imaginación. Por aquellos días existían, esos sí, nuestros mundos verdaderos, como la Operación Anorí, que en 1973 atiborró de soldados el pueblo de mis abuelos, sobre el cual volaban aviones militares que acallaban todas las canciones existentes y aterrorizaban a Ana Rosa, mi brava bisabuela. Si consultáramos sobre este capítulo de nuestra historia, leeríamos frases de este talante: Tras la operación, el gobierno del presidente Misael Pastrana Borrero dio un parte de victoria que confirmaba el desmantelamiento

de la guerrilla del ELN. Jajaja. Guerra. La guerra nunca acaba. *Imagine all the people, living life in peace*, se escuchaba mientras el disco de vinilo giraba en un tornamesa en casa de una adolescente adormilada.

Dicen las malas lenguas que John Lennon dijo alguna vez: “‘Imagine’ es una canción antirreligiosa, antinacionalista, anticonvencional y anticapitalista, pero como está recubierta de azúcar, es aceptada”. ¿Ya les había hablado yo de algodón de azúcar y vidrio molido? Y es que la canción parece haber sido escrita por la mente de un niño loco de esos que dejan escapar sus palabras más mordaces enredadas en una voz dulce y cálida, que habla al oído de los hombres y les recuerda que deben estar avergonzados. Un niño nunca comprenderá la palabra fronteras. Un niño nunca entenderá el significado de la palabra país. Un niño nunca le encontrará sentido a la palabra religión. Los niños siempre seremos soñadores, nada más.

Rodrigo Mora. Escritor de los libros de cuentos *Perros bravos*, *Blues* y *Tus ojos no lo han visto todo aún*. Profesor del pregrado de Comunicación Audiovisual y Multimedial de la Universidad de Antioquia.